

# 1

Desde la primera vez que le miró a los ojos, sospechó quién era. Aunque de eso hiciera ya casi un año y mucho hubiera sucedido desde entonces, a Vallivana Querol le temblaban las manos antes del reencuentro. Quizá él estaba esperando detrás de los portones centenarios, u observándola a través de una de las ventanas góticas del solemne edificio. Quizá él estuviera tan nervioso o se sintiera tan ambivalente respecto al encuentro como ella misma.

Sentada en un banco de piedra y con la paciencia que dan ochenta y nueve años de vida, la anciana suspiró mientras contemplaba los torreones de ladrillo, cada vez más oscuros e imponentes a medida que caía la tarde fría y triste. Llevaba allí un buen rato, aparentemente tranquila, sintiendo todavía el calor de una taza de té entre sus manos, fuertes y largas, símbolo de una vida completa y comprometida. Eran unas manos que habían trabajado y se habían defendido. Unas ma-

nos grandes y vivas. El resto de su cara, en cambio, parecía cansado, ojeroso, arrugado y triangular, totalmente dominado por unos inmensos ojos negros.

Valli, como todos la conocían, todavía no sabía si iba a entrar. Pensaba que atravesar esas puertas centenarias y colaborar con Eton, el colegio más elitista del mundo, traicionaría toda una vida de lucha por unos ideales. Pero ahora, después de los últimos acontecimientos, ya no sabía si esa lucha había merecido la pena o si había sido un error. Toda una vida equivocada.

La anciana permanecía casi inmóvil, protegida por un largo abrigo de paño, con la cabeza enfundada en un gorro de lana que apenas le dejaba ver. Tampoco quería observar demasiado. Prefería cerrar los ojos y pensar. Recordar el largo camino que la había llevado hasta las puertas de ese colegio desde que naciera en el seno de una familia de masoveros valencianos que apenas sabían leer y escribir. Ocho décadas más tarde, la anciana estaba allí invitada por Charles Winglesworth, director del departamento de lenguas extranjeras del prestigioso centro, que durante más de seis siglos había formado a primeros ministros, escritores, artistas y financieros de múltiples países. El profesor la había invitado para que compartiera su dilatada experiencia con los alumnos y ella, en principio, había aceptado, pero no porque quisiera conocer la institución que ahora tenía delante.

Valli solo quería encontrar la paz que la había rehuido toda la vida, a pesar de buscarla durante largos años. Ahora, por fin, con décadas de experiencia a sus espaldas, se sentaba a reflexionar, intentando hilvanar los hechos de toda una vida. La anciana había llegado a Londres dos días antes de la cita precisamente para recorrer las calles de una ciudad que pudo haber cambiado su destino hacía más de cincuenta

años. Durante esos dos días, Valli había recordado los múltiples vaivenes de su existencia recluida en un pequeño *bed and breakfast* de Bloomsbury, exactamente el mismo donde se había hospedado en 1953.

Charles había insistido en que se quedara en el pequeño pueblo de Eton, a una hora de Londres, en un hotel pequeño y acogedor cerca del colegio. Pero a Valli nunca le habían gustado los barrios señoriales y ese, desde luego, lo era de lleno: salones de té y pastas para señoras ociosas, concesionarios Aston Martin para maridos financieros, tiendas de tarjetas para aquellos que tienen que comprar un mensaje personal, porque no saben escribirlo, o *boutiques* de ropa al más puro estilo lord: chaquetas de *tweed*, sombreros de copa, pajaritas o corbatas y chalecos con escudos heráldicos. A la antigua maestra, que se había pasado la vida ayudando a los más humildes, aquel ambiente, francamente, le repugnaba.

Pero, a diferencia de en tiempos pasados, ahora lo aceptaba. Además, esos años en los que había viajado por toda España enseñando a leer y a escribir a centenares de personas, hacía más de setenta años, ya le quedaban muy lejos. Todo había cambiado. Hasta el mismísimo barrio de Bloomsbury, cuna de intelectuales cuando ella lo conoció en los años cincuenta, ahora estaba dominado por cadenas de moda o comida rápida, frecuentadas por estudiantes que parecían más interesados en consumir que en debatir ideas. La música de estos establecimientos era atronadora, seguramente para que la gente entrara, comprara y se fuera en un santiamén, pensó. Ninguna cafetería tenía sillas cómodas que incitaran a una conversación calmada, a reflexionar. Londres ya no era una sociedad de creación, como antaño, sino de distribución, se decía Valli mientras paseaba sola por las calles del Bloomsbury de Virginia Wolf, donde ape-

nas quedaban librerías. Si en 1953 había pasado una semana sentada en el suelo de aulas universitarias o incluso de pubs intentando mejorar el mundo, hablando con quien fuera —daba lo mismo, pues ella creía que todos eran iguales—, ahora, después de dos días, apenas había cruzado palabra con nadie. Todos iban a la suya y a un ritmo vertiginoso.

El viaje en tren desde la estación de Waterloo a Eton esa misma mañana también le había recordado una vez más que la mujer joven y fuerte que rechazó una vida estable en Inglaterra para luchar por España se había convertido en una viejecita pequeña y vulnerable, abrumada por un mundo rápido y devorador que nada ni nadie —ni ella misma— podían cambiar. Es más, las diferencias contra las que ella tanto había luchado parecían incluso mayores: a los bloques altos y sucios del sur de Londres, habitados por familias que seguramente nunca mejorarían su posición social, les seguían vastos campos de golf y casas de ladrillo rojo impecable a medida que avanzaba el tren. Los campos de fútbol públicos llenos de charcos embarrados cerca de la estación también contrastaban con los arreglados estadios de rugby de los colegios privados a las afueras de Londres. Valli ya sabía que en Inglaterra el rugby era el deporte de los *gentlemen* por excelencia, mientras que el fútbol era el deporte rey entre la clase trabajadora.

Inglaterra y sus clases. Igual que España, pero más fino, pensaba la anciana en el tren.

Al menos, se dijo, en Inglaterra la élite estaba mejor educada y nadie dudaba de que los grandes colegios privados británicos fueran excepcionales. Mientras, en España, una repentina fiebre por el ladrillo estaba sacando alumnos de las aulas para llevárselos a la construcción, donde seguramente ganarían más dinero y mucho más rápido que con cualquier

título universitario. Valli no daba crédito a todo lo que se estaba construyendo en el país. Hacía dos años, en 2006, se quedó impresionada al ver decenas de grúas levantando casas adosadas en Alcañiz, una ciudad de provincias más bien pobre y rúcana, no muy lejos de su pueblo. ¿Quién podía pagarse un chalé con piscina en Alcañiz, si la ciudad apenas tenía industria o servicios?, se preguntaba Valli. Ella hacía tiempo que decía que todo aquello acabaría mal y que los tres factores que de verdad determinan la riqueza de un país son educación, educación y educación. Nadie le hacía caso, pues para la prensa, los políticos, incluso para sus vecinos y amigos solo parecía existir el milagro constructor. De repente, y ante su sorpresa, todo el mundo tenía casas y coches desproporcionados a sus ingresos. Masovera como se había criado, Valli sabía muy bien que las habas no estaban contadas hasta el final y ya había leído en alguna parte que algunos bancos extranjeros empezaban a flaquear. Pero en España no pasaba nada. Nunca pasaba nada. España siempre iba bien.

En todo momento atenta y todavía sentada en el banco de piedra frente al majestuoso colegio, Valli vio a dos estudiantes salir del edificio principal a través de los amplios portones de madera antigua. Como de costumbre, llevaban el tradicional frac sobre chaleco negro, pantalones también negros de raya diplomática y una camisa blanca con un cuello especial, una tira blanca doblada que parecía una pajarita sin serlo. Andaban rápido, cabeza en alto, vista al frente. La mirada autosuficiente, las mejillas rosadas, la tez blanca y el pelo alborotado, ligeramente más largo en la parte delantera, les distinguía como miembros de su clase.

Al pasar por delante de ella, ni la miraron, a pesar de ser la única persona que se encontraba en la calle. Sus padres pagaban más de treinta mil libras al año para que allí apren-

dieran a distinguir con quién mezclarse y con quién no. Habían aprendido bien.

Valli miró al suelo. Había perdido esa batalla, el mundo siempre sería de las élites que se buscan y se encuentran para mantener sus privilegios. El corazón se le inundó de tristeza, ya que había dedicado su vida a luchar por lo contrario. Recordó con nostalgia el brío con el que conducía una tartana repleta de libros con su amigo y conocido autor teatral Alejandro Casona, director de las Misiones Pedagógicas de la República. Juntos recorrieron el Maestrazgo enseñando a leer y a escribir a decenas de personas y, siguiendo el ejemplo de Menéndez Pidal, también aprovecharon para recoger los romances antiquísimos que recitaban muchos labradores, auténticas minas de saber popular. A los niños les contaban cuentos, les regalaban libros y, si daba tiempo, les organizaban funciones de teatro que representaban por la noche, al aire libre, bajo esos maravillosos cielos estrellados que solo se ven en los pueblos. Muchas veces, los mismos padres o abuelos de los niños se unían a las clases de lectura, unos más avergonzados que otros, pero todos con la ilusión por el cambio que les había infundido la democracia. Recordó con felicidad cómo les agradecían las visitas esas gentes a las que nunca nadie había regalado nada; unas veces les daban pollos o codornices, y otras sencillamente les daban un fuerte abrazo, siempre con una sonrisa. Para Valli, sin duda, la mejor recompensa siempre fue el brillo de sus ojos al aprender. Hasta que se apagó la luz.

De lejos, aunque todavía absorta en sus pensamientos, Valli oyó cómo los dos señoritos se reían con desdén y se alejaban sin mirarla, con las manos en los bolsillos, a paso firme, superior, acelerado. Siempre con determinación. Estaba claro que esos chicos sabían adónde iban, ahora y en general en su vida. Iban hacia donde les habían marcado, pensó la

anciana, mientras ella apenas podía hilvanar los hechos de una existencia sin rumbo — en el mejor de los casos — o, simplemente, una vida con un destino equivocado.

Valli volvió a mirar fijamente el portón de madera, ahora cerrado. Cerrado a los que no podían pagar, a los que no habían sido instruidos para entrar y, sobre todo, cerrado a las mujeres. ¿Qué iban a pensar estos chicos de las mujeres, que no pueden ir a los mejores colegios del mundo? Naturalmente, cuando dirigieran gobiernos o empresas, esos hombres no tratarían a las mujeres de igual a igual, dándoles oportunidades, porque ellas nunca habían formado parte de su sistema, de su entorno. Y así era como se perpetuaban los hábitos.

Valli miró al cielo, ya casi oscuro, y sintió el frío en los huesos. Después de una Navidad triste y solitaria, se había propuesto empezar el año con determinación. Tenía que decidir. No había venido a Londres para ganar la batalla de la igualdad, esa ya la había perdido hacía mucho tiempo. Estaba allí para vencer la batalla contra sí misma.

## 2

Él la miraba tras de los amplios ventanales góticos de Durnford House, la mansión donde residía junto a los cincuenta alumnos que tenía asignados. Sabía que ella no se giraría hacia su ventana, ya que, como miles de turistas, creía que el colegio ocupaba el amplio espacio alrededor de la capilla, que más bien parecía una importante iglesia gótica. Pero, en realidad, el centro estaba formado por más de cincuenta edificios esparcidos por el pueblo, aunque relativamente cercanos entre sí. Eton, pensó, no era como los colegios de España, más bien estáticos, donde los estudiantes se sentaban en el mismo lugar durante ocho horas para absorber una retahíla de conocimientos, en su mayoría de dudosa relevancia. La vida en Eton, en cambio, era un continuo ir y venir entre actividades y pabellones a todas horas, de las ocho de la mañana hasta casi las once de la noche, cuando terminaban las reuniones de clubes o los encuentros culturales habituales después de la cena.

Desde su noble habitación de madera oscura tallada, Charles había observado a Valli durante casi la hora que la anciana llevaba sentada en el banco de piedra. Había llegado con mucha antelación, pues la cita no era hasta las dos y media de la tarde. A esa hora, después de la comida, los profesores disponían de un breve descanso mientras los alumnos salían a practicar deporte, aprovechando las pocas horas de luz que quedaban.

Apenas faltaban quince minutos para que el antiguo reloj de pared, uno de los pocos objetos que conservaba de su padre, anunciara la hora convenida. Charles, con su frac impecable, chaleco negro y camisa y pajarita blancas, se puso la capa larga y negra que vestían los profesores para distinguirse de los alumnos. En Eton, todo eran símbolos. Los colores de los chalecos, pantalones, gorros o bufandas indicaban a qué residencia o club se pertenecía, o incluso si un estudiante estaba en el selecto grupo de los setenta alumnos más aventajados, entre un total de más de mil. Cada uno tenía su lugar, como en la vida misma.

Charles, de silueta alta y noble, nunca había dudado de su lugar. A sus cincuenta y cuatro años, era jefe de departamento, con dos docenas de profesores bajo su tutela. La residencia que gobernaba, Durnford, era de las más populares y los alumnos competían por estar a sus órdenes o para ser elegidos capitanes. En las residencias, los estudiantes tenían sus habitaciones, simples pero cálidas, en los pisos inferiores al ático, donde Charles ocupaba un apartamento amplio y confortable para él solo. En otras residencias, los directores —siempre hombres— compartían la vivienda con sus esposas, pero Charles no estaba casado, ni lo pretendía, y los viajes eran su única afición fuera del ámbito escolar. O bien trabajaba, o bien viajaba durante las vacaciones. No había término medio.

Desde que se había graduado en Oxford en los años setenta, había visitado cien de los casi doscientos países que existen en el mundo, según había contado. Después de la universidad, y sin padres a los que cuidar o visitar, Charles pasó tres años viajando por Asia, sobre todo por la India, donde antiguos compañeros de Eton —donde él también había estudiado—, que eran descendientes de antiguos gobernadores británicos, habían tejido muy buenas relaciones con los *rajs*. Durante meses, Charles estudió hindi y la cultura india en uno de los torreones del castillo de Jaipur, cortesía de sus —todavía— propietarios. Después de otro año explorando África, en condiciones similares, Charles por fin había regresado a Inglaterra para seguir el curso que todos esperaban de él. El tío de un amigo le consiguió un trabajo muy bien remunerado en un banco de la City y allí empezó a ganar dinero de una manera sorprendentemente fácil. No había más que ir a comer con algún amigo de los propietarios que tuviera una empresa y determinar el precio de esta aplicando una conocida fórmula; a media tarde volvía para llamar a una lista de contactos y les vendía los bonos o acciones emitidas por dicha empresa a cambio de una suculenta comisión. A las seis de la tarde, con la faena hecha, remataba el día con dos copitas de jerez, para él *sherry*, en su club.

El dinero corría rápido en la City. Margaret Thatcher, tras solo un año en el poder, estaba derribando barreras y eliminando sindicatos, liberalizando sectores y vendiendo empresas públicas. Las oportunidades se seguían una detrás de otra. En esas noches de champán y celebraciones, a Charles no le costó enamorarse a la hermana de Robin, todavía su mejor amigo y compañero suyo en Oxford. Meredith, de diecinueve años, era callada y respetuosa y, sobre todo, muy bella, tanto que parecía una muñeca de porcelana con la tez

blanca, grandes ojos azules, pelo largo, rubio y rizado, y una silueta frágil, como de bailarina. Se casaron tan solo unos meses después y se mudaron a la casa que los padres de Meredith les habían regalado en Chelsea, a pesar de que Charles contaba con la pequeña fortuna que su padre le había dejado.

La felicidad en la enorme casa de estuco blanco que pensaban llenar de niños duró poco y Charles, tan solo unos meses más tarde, dejó mansión, esposa y trabajo para volver a Eton como profesor. La convivencia con una mujer educada para coser y callar no le interesaba en absoluto, y las casas de sus amigos, con recién nacidos llorando continuamente, le irritaban, por más niñeras que emplearan. A Charles le gustaba el silencio de bibliotecas y castillos, y de los lagos y montañas más remotos que exploraba en su tiempo libre. Consideraba a la familia una vulgaridad mediocre, poco estimulante, por lo que echaba enormemente en falta el continuo aliciente de la vida en Eton y Oxford. El matrimonio y la vida doméstica le aburrían soberanamente.

Eton, por supuesto, le acogió con los brazos abiertos, dándole el mismo apoyo que había recibido en su segundo curso como interno, cuando apenas tenía catorce años y su padre murió súbitamente de un cáncer fulminante.

A pesar de la gran admiración que le profesaba, Charles apenas había conocido a su padre. A los cinco años, ya había ingresado en un internado cercano a Cambridge, en cuya universidad el señor Winglesworth era un renombrado hispanista. Este siempre le había hablado en castellano, mientras que la institutriz, con quien de hecho pasaba la mayor parte del tiempo, lo hacía en inglés. La insistencia de su padre con el idioma fue tal que, en su primer internado, tuvieron que contratar a un profesor especial para que Charles no olvidara el castellano que había aprendido en casa. Si bien

conservó la lengua, lo que perdió fue a su padre, a quien apenas vio desde entonces, ya que, cuando este murió, él ya llevaba interno muchos años. Durante su infancia, Charles veía a su padre una vez al mes, cuando este le visitaba y salían a comer a un restaurante cercano al colegio. En esas comidas, frías y distantes, solo intercambiaban logros académicos o su padre le explicaba su última teoría sobre Cervantes. Tan solo una vez, mientras discutían acerca del bilingüismo, su padre, que ya debía de conocer el alcance de su enfermedad, le dijo que durante la vida lo mejor era pensar en inglés y sentir en español.

Charles nunca acabó de entender el sentido de aquella frase, como tampoco comprendió nunca a su propio padre, aunque sospechaba que debía de haber sido bastante parecido a él: un *gentleman* solitario y excéntrico que disfrutaba de la vida en silencio y a su manera. Hombres hechos para los cuadriláteros góticos de Eton, Oxford y Cambridge, seres atemperados y cuidados que avanzan por la vida refinados y discretos, sin arremangarse ni mojarse, pero siempre hacia delante. A su manera, eran felices.

Charles, al igual que Valli, vio a los dos estudiantes que salían por el portón principal. Eran alumnos suyos y estaban entre el grupo que le había acompañado a Morella hacía ya unos meses. Allí había empezado todo.

El profesor miró hacia la pared, donde tenía una foto inédita y original de George Orwell, exalumno de Eton, observando algo con ojos inquisidores mientras sus compañeros de clase parecían escuchar a alguien pasivamente. Ya entonces, el adolescente Eric Blair, como se llamaba hasta que cambió de nombre, destellaba revolución en los ojos. Obras suyas como *Rebelión en la granja* o *1984* habían encandilado a Charles desde muy pequeño, en parte gracias a la insistencia de su

padre, quien se había hecho amigo del famoso escritor en la guerra de España. Al acabar el conflicto, Orwell y Winglesworth regresaron a sus privilegios en Gran Bretaña, uno ya como autor consagrado después de *Homenaje a Catalunya*, y el otro con una cátedra en la Universidad de Cambridge. Los dos hispanistas mantuvieron correspondencia hasta que Orwell murió en 1950. Su padre, que falleció años más tarde, había dejado a Charles algunas cartas del autor, aparte de centenares de libros, el reloj de pared y los gemelos de camisa de plata que siempre llevaba. Eso, además de una sustancial cantidad de dinero y la casa familiar en Cambridge, que Charles vendió después de su fallida experiencia matrimonial, cuando resultó evidente que no le interesaba construir un hogar. De esa casa, de hecho, solo recordaba las largas tardes de estudio en solitario y a la institutriz. A su madre nunca la había conocido y tampoco tuvo hermanos, por lo que, en su opinión, el valor de la familia estaba socialmente sobredimensionado. Para Charles, pretender ser feliz con muy pocas personas a las que, de hecho, no se puede elegir era una pérdida de tiempo. En realidad, siempre había pensado que el origen de la familia, desde la época de los romanos, no era más que un mecanismo de transmisión patrimonial y que la institución nunca se había concebido como algún tipo de soporte emocional. Él, además, tenía recursos en abundancia, así que, en un momento de necesidad, tendría cuantos asistentes precisara sin necesidad de pedir ningún favor. Durante las fechas señaladas, como la Navidad, lo mejor era viajar y descansar, mucho más enriquecedor que hacer todos los años lo mismo, viendo a las mismas personas, hablando de los mismos viejos tópicos. En las últimas Navidades, por ejemplo, había estado en Sudáfrica y en las anteriores había visitado a unos amigos en Singapur. Durante la década de 1990, había pasado muchas Nocheviejas en

Nueva York, centro financiero y cultural del mundo durante décadas que le maravillaba. Ahora, en cambio, tenía que seguir a sus amistades a lugares diferentes, como Shanghái, Qatar o Abu Dabi. Pero a él le daba igual. Las últimas Navidades en Ciudad del Cabo y Singapur habían sido estupendas, puesto que nada había sido navideño. Los árboles, belenes y Papá Noel eran, para él, una auténtica horterada.

Esa vida de ideas claras y ordenadas, sin embargo, se había trastocado hacía casi un año, en febrero de 2007, cuando empezó a buscar en España un lugar para realizar un curso intensivo de lengua y cultura españolas con sus alumnos. Conocía bien el país y, como muchos británicos, tenía preferencia por el sur, donde alardeaba de haber visitado la mayoría de pueblos. A Charles no le gustaban las grandes ciudades, prefería el silencio y la tranquilidad rural. Buscando en Google, encontró un anuncio del ayuntamiento de Morella, una pequeña población medieval en la provincia de Castellón rodeada de montañas áridas. Se trataba de un antiguo colegio, enorme y majestuoso, que la alcaldía había puesto en venta tras construir unas escuelas más modernas. El antiguo edificio quedaba, pues, libre para remodelar y adecuar para otros usos.

Charles miró las fotografías con interés y le entusiasmó la idea de pasar allí una semana con sus chicos. El pueblo parecía ideal: pequeño, adoquinado, prácticamente en medio de la nada, pero solo a dos horas del aeropuerto de Valencia. La página web también anunciaba que el nuevo aeropuerto de Castellón, que estaría a punto en breve, se encontraba a menos de una hora de distancia.

Acostumbrado a que los españoles nunca le respondieran los mensajes de correo electrónico, Charles llamó directamente para interesarse. Lamentablemente, le dijeron, el edificio no

se podía alquilar, ya que su interior estaba en estado casi ruinoso, por lo que solo estaba a la venta. Desilusionado, Charles aparcó el asunto, aunque no dejó de interesarse por Morella.

Al cabo de un mes, curioso como era, decidió aprovechar los días de Semana Santa para conocer la población. Y allí se personó.